

tario falsea la realidad y que es necesario plantear las cuestiones (p. ej. recursos o riquezas disponibles en relación con la población) en términos reales. También hay una crítica a los enfoques modernos que fomentan el consumo y ponen el acento en la demanda, en especial vinculación con la desigual distribución de recursos y alimentos, etc., en el mundo, y otros problemas acuciantes como el de la desnutrición y el hambre. Así p. ej., el "rico bueno" es aquel que consume poco e invierte mucho creando así empleos.

No hay en el libro (los títulos de los capítulos lo demuestran) una hilación de ideas que, en forma sistemática, lleve a una conclusión o algunas conclusiones generales (el capítulo denominado "conclusión", brevísimo, no hace sino repetir algunos conceptos ya expuestos en el libro). Hay, en cambio un sinnúmero de problemas, hechos e ideas (tantos, que no todos han podido ser mencionados en esta reseña) que conforman una visión caleidoscópica de la problemática del libro (si bien, como una preocupación constante y conclusión implícita de la obra, está siempre presente la necesidad de asignar a la vida humana un precio o un valor). La riqueza de ideas, muy fecundas, implica en ciertos temas cierta falta de profundización que el mismo autor reconoce. Lo positivo de tal actitud es que deja un gran estímulo para seguir analizándolos. Pone el acento en una serie de lemas de los que se habían ocupado hasta ahora poco o mal los pensadores vinculados a esta área (economistas, sociólogos, ecólogos, etc.). Por ello considero la lectura de este libro muy estimulante y de suma utilidad en particular para quienes se dedican a las disciplinas vinculadas con problemas demográficos. Es un libro en defensa de la vida.

A. Vercesi

THURLOW, LESTER C., *The Zero-Sum Society. Distribution and the Possibilities for Economic Change*, New York, Penguin Books, 1981, págs. 230.

El autor observa con preocupación el declinante desempeño de la economía estadounidense e intenta explicarlo a través del análisis de sus problemas más acuciantes: la energía, la inflación, el crecimiento lento y las restricciones cada vez mayores para el desempeño de la actividad privada.

Aunque presentado en el primer capítulo, emerge a lo largo de todo el libro el convencimiento de que la economía norteamericana se caracteriza por un sustancial elemento de suma cero. Un juego de suma cero es aquél en el que las ganancias igualan a las pérdidas y en el que la existencia de ganadores es la que determina la de perdedores: son las dos caras de una misma moneda. El problema más importante que enfrenta un gobierno en una economía de esta naturaleza es el de la asignación de las pérdidas. Según Thurow, la de los Estados Unidos es la economía menos adecuada para efectuar esta asignación. No se trata de que los problemas carezcan de solución, sino que implican la adopción de medidas que inevitablemente perjudicarán a amplias capas de la población. Pero en la actualidad ya no existen grupos desguarnecidos sobre los que se puedan infringir las pérdidas. Las minorías se han vuelto militantes y sus prácticas de defensa llegan a paralizar la acción del gobierno.

El capítulo 2 pone énfasis en la falta de criterios de equidad como el principal obstáculo para la solución del problema de la energía en los Estados Unidos. El remedio que la teoría económica prescribiría es por demás simple: dejar actuar a las fuerzas del mercado y permitir

que el precio del petróleo alcance los niveles mundiales. Pero en tal hipótesis, el costo de reasignación sería muy elevado y la estructura política de los Estados Unidos no puede afrontar las masivas transferencias de ingresos desde los grupos de menores ingresos, pero más importantes numéricamente (los conductores de automóviles) hacia los de ingresos más elevados (los productores de petróleo). Además la presencia de retardos disímiles conspira contra cualquier acción gubernamental de esta naturaleza, pues la elevación de los precios es percibida instantáneamente mientras que el ajuste del comportamiento hacia una reducción del consumo energético es lenta. Ante la necesidad de apresurar el proceso surgen reglamentaciones y controles, pero estas medidas son paliativos transitorios y muy poco flexibles como para adecuarse a situaciones inesperadas. Los Estados Unidos podrían alcanzar la independencia energética, pues cuentan con los medios y recursos naturales para desarrollar en forma óptima otras fuentes alternativas de energía. Sin embargo, todos y cada uno de los proyectos chocan contra los intereses de grupos que se consideran perjudicados si la nueva fuente de energía se desarrolla en su propia área, y se esgrimen todo tipo de argumentos: contaminación, disminución del valor de la propiedad, riesgos de catástrofe nuclear, etc., para paralizar la iniciativa.

En el capítulo 3, al analizar el problema de la inflación, identifica, sin embargo, ciertos grupos que aún no han perfeccionado su aprendizaje de lucha y que son los más castigados cuando se pretende combatir la inflación con políticas monetarias y fiscales restrictivas. Son las minorías étnicas, especialmente los ciudadanos de raza negra, los adolescentes y las mujeres. El análisis del problema de la inflación coloca al autor en la corriente estructuralista, aunque desecha las "curas" tradicionales como no viables. Ni la recesión, ni los controles de precios y salarios, ni las políticas compulsivas de ingresos, ni siquiera el presupuesto balanceado conseguirán aliviar la inflación en las presentes condiciones. Todas estas soluciones conllevan un costo: el ingreso de algunos cae, la inseguridad de otros crece; "sólo cuando demandamos una solución sin costos es que no hallamos ninguna" (pág. 15).

En los capítulos siguientes (4 al 7), Thurow continúa analizando las características de juego de suma cero que evidencian tanto los problemas del lento crecimiento económico —a fin de lograr un incremento del ahorro, una importante proporción de la comunidad tendrá que avenirse a disminuir su consumo—, como las agresiones contra el medio ambiente —la contaminación, así como la falta de seguridad y salubridad industrial, por ejemplo, conspiran contra la calidad de vida, pero su control conspira contra las ganancias pecunarias de los productores, que se protegerán trasladando sus mayores costos a los precios. En última instancia serán los más pobres los que soportarán la carga de la defensa del medio ambiente. El tratamiento de la proliferación de reglamentaciones y el de la administración política de la distribución recorren cauces similares.

Aunque el autor se refiere específicamente a la economía estadounidense, su análisis puede aplicarse a otras economías desarrolladas de Occidente, sobre todo a aquellas en las que se subsidian industrias ineficientes o se destinan grandes sumas a paliar las consecuencias de una distribución desigual del ingreso. Su lenguaje es claro y la lectura de su obra resulta agradable y estimulante. El diagnóstico de los males que aquejan a muchas sociedades capitalistas es acertado, brillante a veces. Llaman a la reflexión sus alusiones a la relación entre capitalismo, progreso económico y democracia. A medida que, individualmente, cada uno exige "lo que colectivamente es imposible... se socavan los supuestos básicos del proceso democrático" (pág. 15).

Desafortunadamente, sus recomendaciones de política económica y sus criterios distributivos no son tan felices. Podemos encontrar algunas incoherencias como sus comentarios acerca de los beneficios de liberalizar los mercados y de suprimir las leyes anti-monopólicas, frente a sus sugerencias de un esquema igualitario de corte netamente político, con activa participación estatal. Su ideal de equidad no resulta muy convincente: se deberá tender a una distribución del ingreso "que no sea más desigual que la que *ahora* existe para los varones de raza blanca totalmente empleados" (pág. 201). Es decir, que postula el concepto de dispersión estadística como el más relevante empíricamente.

Otras ideas, como la creación de un comité nacional de inversiones para canalizarlas hacia aquellas industrias más proclives al desarrollo (sunrise industries) y permitir la desinversión de aquellas que no lo son (sunset industries), o como la de crear un programa de compensación para los que sufren las consecuencias negativas del progreso económico, o bien la iniciativa de garantizar el trabajo a los que no puedan encontrarlo —convirtiendo al Estado en el empleador de emergencia—, son más fáciles de enunciar que de implementar sin neutralizar los otros efectos señalados.

A pesar de las reservas acerca de la terapéutica, el libro de Thurow posee el innegable valor de presentar un esclarecido análisis de los obstáculos con que tropiezan los intentos de promover el desarrollo económico. Debe destacarse, por sobre todo, la revalorización de la problemática de la distribución más equitativa del ingreso —no por antigua menos importante— y su brillante exposición a través de un modelo de juego de suma cero.

C. de Roiss

* Destacado en el original.